El trastorno-obsesivo-compulsivo de San Pedro

Y. G. Cardona

Capítulo 1

-Voy a re-modelar –dijo San Pedro en lo alto de los cielos.

-¡¿Otra vez?! –Exclamó San Juan, mientras levantaba la vista de su teléfono-. Remodelaste la semana pasada casi todos los días, también la semana antepasada varias veces y ahora ¡quieres volver a hacerlo! Tienes un serio problema de hiperactividad.

San Pedro ignoró a su hermano discípulo, mientras buscaba en la revista del Feng Shui cual era el color que les convenía a los santos del cielo.

-Cambiaremos el tono de rojo –anunció doblando las mangas de su túnica-, el rojo carmesí nos sienta mejor, si es que queremos mantener nuestra reputación –miró el cielo arqueando una ceja-. Tenemos que pintar y mover los muebles, también hay que lavar y mover un poco las nubes, ya casi no veo el sol.

Mientras que San Pedro se ponía manos a la obra, su hermano San Juan, consideraba si buscar un tiquete de AirNub para pegarse una escapadita al Olimpo, o llamar a sus otros hermanos para controlar el trastorno-obsesivo-compulsivo de Pedro. Su paciencia le decía ¡huye!, pero su conciencia no lo permitió.

Llamó a sus hermanos para rogarles encarecidamente que se pasaran por allá, a ver si entre todos lograban bajarle los arranques a San Pedro, que por la edad, ya estaba sufriendo demencia senil. En menos de treinta minutos, sus hermanos acudieron a su llamado. Unos, refunfuñaban por haberlos sacado de su sueño de belleza, otros le aseguraron que estaban a punto de salir de viaje hacia Ibiza, porque ya les hacía falta un buen descanso de todo el aire pacifico.

-¿Y qué quieres tu que hagamos? –preguntó Felipe cruzándose de brazos.

Mientras que todos discutían y debatían sobre qué hacer, a San Pedro, se le ocurrió la maravillosa idea de descocer las almohadas de plumas y arrojar su contenido por la borda, provocando nevadas y ventiscas. Santiago el menor, se dio cuenta de las acciones de Pedro, y se apresuró a detenerlo.

-¿Qué es lo que hace abuelo? –preguntó arrebatándole una funda ya vacía y escondiéndole las otras almohadas en un viejo armario.

-Pues vaciando las almohadas, porque esas plumas de ganso ya me están jodiendo el cerebro y me están volviendo viejo.

-Ah sí, échele la culpa a las plumas y no a todos los años que se ha pasado vigilando la entrada del cielo –murmuró Santiago asegurando el armario y guardándose la llave.

San Pedro se ocupó en otra cosa, mientras que Santiago volvía con el grupo.

-Necesitamos a Judas Iscariote, es el único que podría calmarle los humos –sugirió Lucas.

-¡¿Y qué nos eche el jefe?! –Renegó San Mateo-. Ni de chiste, si ustedes quieren meterse en ese atolladero, háganlo, pero yo no voy a hacer que el jefe se enoje, ¿se les olvida lo que les hizo a Adán y Eva cuando lo desobedecieron?

Los murmullos se escucharon y todos estuvieron de acuerdo con que esa no era la mejor opción.

-Ah, claro –San Juan se sentó en una gran roca-, como ustedes no son los que viven con él, no les importa lo que pase conmigo. Pues lo siento, pero yo no estoy dispuesto a aguantar a San Pedro y sus arranques.

Estuvieron discutiendo los cómos y los porqués por varias horas, hasta que un fuerte estruendo se escuchó en la cocina. Todos corrieron a ver qué era lo que había pasado, y se encontraron con que San Pedro sacó todas las ollas, calderos y trastos, dejándolos caer en el suelo y provocando rayos y centellas.

-¡Por el jefe! –Exclamó San Judas Tadeo-. San Pedro, quédese quieto de una vez –lo tomaron de los brazos sacándolo de la cocina.

Lo dejaron en una de las habitaciones, moviendo cuadros y revisando el color de los tapetes.

-Solo nos queda una opción –anunció San Juan-: Vamos a ir remediando todo lo que él haga.

Todos lo miraron como si le hubieran salido tres cabezas.

-Si. Mientras que Santiago, Felipe y yo, nos aseguramos de que no haga demasiados estragos, el resto recogerán el desorden y acomodaran los que él mueva de lugar.

Sin otra opción mejor, todos se pusieron de acuerdo. Fueron a buscar a Pedro, que por ese entonces, ya estaba sacando baldados de agua de la piscina, según él, para vaciarla y volver a llenarla con sales de quien sabe

qué.

San Juan, Santiago y San Felipe, persiguieron a Pedro por toda la casa, evitando que pintara, lavara, sacudiera y moviera cuanta cosa veía. San Judas Tadeo, San Mateo, San Lucas, Bartolomé y los otros, recogieron lo que el tiraba y dejaban todo como estaba.

En un momento, San Pedro se calmó y sentó a ver televisión. Los apóstoles se metieron en la cocina para hablar sin que Pedro los escuchara.

-Parece que ya tuvo suficiente –dijo Lucas.

-No te confíes –advirtió San Juan secándose la frente-, Pedro es capaz de parase y sacar todo por la ventana.

En cuanto terminó de decir está frase, se escuchó un fuerte ruido en el salón de los tronos. Todos salieron corriendo y renegando que les hayan interrumpido su merecido descanso.

Pedro estaba empujando el trono del mismísimo Dios, para moverlo más hacia el norte. Trataron de detenerlo, pero Pedro tenía la dureza de una roca.

-No hagas eso, Pedro –pidió Bartolomé mientras lo jalaba de un brazo.

-Está mal ubicado, arruinara sus energía y sus chacras –dijo zafándose de sus hermanos y volviendo a empujar el gran trono.

-¡Lo que arruinara sus chacras va a ser que le muevan este trono! –refunfuñó Santiago.

En el cielo se formó un lleve y traiga. Mientras que San Pedro empujaba para mover el trono, varios apóstoles empujaban para devolverlo a su lugar original, provocando ruidos muy fuertes que retumbaban por todas partes.

Mientras tanto, en la tierra encendían velas y rezaban para que los santos amainaran su trajín, y evitaran la tormenta que se vislumbrara por los rayos y truenos, todos preocupados por el terrible cambio climático.